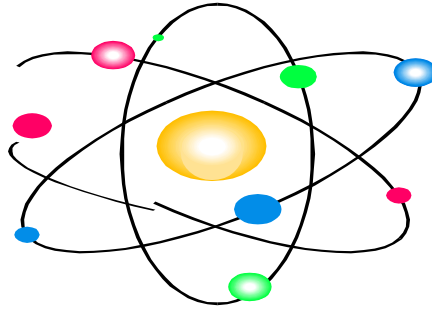


Autor:
Roberto Palomares González.

HOLOCAUSTO



Un estruendo lejano marca el principio del fin.

Negros nubarrones son presagio fatal.

Millares de ojos siguen, incrédulos, los rayos luminosos que
descienden con furia y a gran velocidad, antes de estallar en una
lluvia deslumbrante, roja, dorada y finalmente gris.

Unos segundos después, las explosiones.

Y el temblor del suelo.

Los gritos.

Las ansias.

La desesperación.

El sudor que recorre mi frente, el rostro y el cuello.

La sangre que quema mi cuerpo como lava ardiente.

Y entonces...

-----0-----

Sergio Alberto, a sus 18 años, luego de haber cursado la preparatoria en su pueblo natal, había llegado al Distrito Federal con la ilusión de cursar la carrera de ingeniería Industrial en el Instituto Politécnico Nacional, después una serie de privaciones, ardua y persistente lucha que le permitió superar las dificultades económicas y el cansancio de compartir hasta altas horas de la noche, el estudio y el trabajo como mesero en un restaurante.

-----0-----

Entonces, despierto.

Un ligero temblor domina mi cuerpo, la sensación de estar con vida me produce inmensa alegría. El aprecio a vivir cobra significado ante la proximidad de la muerte. Vida y muerte son dos estados inmanentes al ser humano. Morir es nuestro destino, pero tememos a la muerte; aunque para algunos, no hay peor muerte que seguir viviendo, y para otros, no hay mejor vida que la que nos brinda la muerte.

-----0-----

Con la bendición de sus padres el día que salió del hogar, iniciaba una nueva vida, solitaria y nostálgica en una ciudad que le ocasionaba cierto temor por su ritmo de vida acelerado, amplias avenidas, congestionamiento vehicular y peatonal, altos edificios

que apenas dibujaban su silueta por la espesa neblina y el humo provocado por la contaminación ambiental; Formando este panorama todo un contraste social con la tranquilidad del pueblo de donde provenía. Un pueblo llamado “Las tres Marías”, del sur del estado de Sinaloa.

-----O-----

Hoy es el día señalado, la tensión en el ambiente, es tan densa que puedo sentirla como el roce de una mano sobre la piel; y a la vez tan sutil que penetra en mi cuerpo como el frío húmedo que cala hasta los huesos, provocándome un ligero estremecimiento.

Mi mente se encuentra en un estado de aletargamiento que me hace incapaz de reaccionar, el miedo elimina cualquier pensamiento racional; en mis ojos se dibuja una visión aterradora que me hace estremecer. Soy parte de esa psicosis colectiva que se genera en torno al último eclipse solar, el fin del milenio y la fatídica relación con la profecía de Nostradamus.

La fe es el único escudo que nos protege de lo desconocido, lo misterioso y lo inevitable. A ella acudo para darme el valor necesario para enfrentar los hechos por venir.

-----O-----

Influenciado por el alto sentido religioso que caracterizaba a la gente de su pueblo, Sergio Alberto, sentía en la soledad de su habitación, el peso del dogma, la superstición y el temor a lo sobrenatural. Su habitación consistía en un cuarto característico de estudiante: una mesa y una silla que servía de estudio, un ropero en el que guardaba sus escasas pertenencias, una cama individual situada bajo la ventana que daba a la calle y un baño contiguo, que a duras penas contaba con agua fría.

-----O-----

El principio del fin está próximo. Amo la vida a pesar de los sinsabores y las amarguras; y me aferro a ella con pasión. Mi existencia está colmada de alegría, dicha y felicidad. Es como el sol, que hace destacar su luminosidad por entre las nubes para irradiar calor y energía a los seres vivos; es como el mar, que impetuoso y fuerte, busca su paso entre las rocas para reposar tranquilo en la inmensidad de la playa; y es similar al gorrión, que aprecia la belleza de la rosa, a pesar de estar rodeada de espinas, “Fin de siglo”; “tercer milenio”; dos conceptos que nos arrastran hasta el vórtice del remolino del temor, el dogma y la incertidumbre, produciendo fuerzas poderosas que paralizan y sujetan el

inconsciente colectivo, que subordinan la razón y el entendimiento al temor y a la catástrofe.

-----O-----

Una de sus pasiones y entretenimiento, era la lectura, sobre todo de aquella que lo guiaba hacia los misterios de la vida y del universo, aquella que le hablaba de los grandes enigmas de la humanidad y le refería casos insólitos ocurridos en todo el mundo. Esto lo hacía sensible y receptivo a los acontecimientos sociales que generaban, incluso, cierta psicosis colectiva.

-----O-----

Es el choque frontal de la ciencia con las creencias populares, alimentado por falsos profetas que en aras de notoriedad sectaria, arrastran a las personas por los cauces del miedo y la incertidumbre, al mar de la ignorancia.

Recuperando un poco la consciencia y el aplomo perdido, recorro las calles de la ciudad y observo con gran preocupación la actividad anormal que impera ante la situación; los rostros con la angustia reflejada, compras de pánico, loca carrera de miles de personas buscando refugio y abrigo en las iglesias. La fé se vuelve convenenciera, llega a nosotros como instrumento de protección a lo desconocido, a lo que nos causa temor.

-----O-----

Siempre, desde niño, su pensamiento le cuestionaba de manera insistente como el eco de una voz entre las montañas, ¿El fin del mundo será cuando termine el siglo? ¿Existirá una vida después de la muerte? Y hoy, se enfrentaba a una situación desconocida que lo inquietaba y le atemorizaba pero que paradójicamente ansiosamente anhelaba y le producía un placer insano y morboso.

-----O-----

Faltan escasos minutos, de acuerdo a lo anunciado. Fatigado por el camino recorrido, me siento en una banca del parque, con la vista fija en la amplia avenida central, saturada de coches y personas que vagan al parecer sin rumbo fijo. El parque me recuerda a mí pueblo; su quiosco circular ubicado en el centro de la plazoleta, con estructura de hierro adornada por cabezas de dragones al pie y al final de la escalera, es similar al parquecito donde por las tardes, cuando no tenía clases o no había trabajo, me sentaba a leer “Cuando las piedras hablan, los hombres tiemblan “.

La tensión emocional en que me encuentro, me impulsa a dar una mirada retrospectiva a lo que he vivido. El tiempo se detiene un momento, las manecillas del reloj invierten su marcha hacia el pasado. El tiempo a voluntad de mi persona, trayendo a mi mente, gratos y amargos momentos...

-----O-----

Mi infancia y los primeros pasos, la escuela y los berrinches, mi época juvenil de estudiante y sobre todo, aquella noche que salí con Teresita y aceptó ser mi novia. Estábamos en primero de preparatoria, pero nos hicimos amigos desde la secundaria.

Se hizo presente la fuerza del cariño de mis padres que siempre estuvieron a mi lado, apoyándome y animándome a salir adelante.

Los amores y desamores; los amigos y las parrandas; los triunfos y los fracasos; lo dulce y lo amargo de mi vivir, recorren el largo camino del olvido y se concretan en imágenes reales, que me hacen sentir estar viviendo por segunda vez.

Volver la mirada atrás, es como tener la dicha de la muerte, para volver a vivir y esperar de nuevo la muerte con la satisfacción de haber vivido dos veces.

Así, mis recuerdos desfilan ante mis ojos, reproduciendo ante ellos los fantasmas guardados por muchos años en mi mente y en mi corazón; generando momentos de alegría o dolor, como al llegar al punto de la muerte de mis padres en un trágico accidente de carretera...

-----O-----

De pronto, una inquietud me sobresalta, sacándome de mis pensamientos. La certidumbre de que algo está a punto de ocurrir,

alerta mis sentidos; miro a mí alrededor y observo el vuelo acelerado de las palomas que plácidamente comían en el parque.

La expectación aumenta tensando las fibras de mi ser, como cuerdas de guitarra a punto de romperse.

Lo inevitable está por llegar.

La larga y temida espera está a punto de terminar.

El principio del fin.

El fin del principio.

Un intenso olor penetra por mis fosas nasales; una ligera vibración del suelo me obliga a buscar refugio.

Y en ese instante...

Un destello luminoso me produce una ceguera momentánea, como si de pronto el sol estallara contra la tierra y se partiera en mil pedazos. Casi a la par, el estruendo de una gran explosión, hace vibrar los edificios, lanzando contra ellos, árboles, automóviles y personas que como muñecos de trapo impactan los vidrios, las estructuras de cemento y acero, en medio de gritos despavoridos y de lacerante dolor.

La tierra abre sus entrañas, como tratando de descubrir sus íntimos secretos. Brotan por la herida, grandes lenguas de cárdeno y anaranjado fuego, que calcinan todo a su paso, en una procesión continua, como desfile de destrucción y muerte.

Las imágenes que se suceden ante mis incrédulos ojos, hacen repiquetear en mi atribulado cerebro, una voz que me dice:

- El fin está cerca, muy cerca...
- El fin está cerca, muy cerca...

Destrucción y desolación.

Dolor y llanto, luego, silencio total.

El principio del fin y el fin del principio.

Ausencia del todo y totalidad de la nada.

La vida y la muerte, inseparables compañeras, midiendo fuerzas como entes etéreos que luchan por su concreta permanencia; alimentando la vida a la muerte y fortaleciendo la muerte a la vida.

Un estado de inconsciencia me domina plácidamente y me produce una paz interior.

La realidad se pierde entre las sombras.

Luz y sombras.

Vida y muerte.

Y luego... nada.

-----o-----

A la mañana siguiente, el Gobierno del Estado inicia la reconstrucción del sistema de alcantarillado de la ciudad, comprometiéndose a que nunca más se filtrará la gasolina de los ductos de PEMEX.